10528

¡¡TALAVERA CRISTIANA!!

Ó LA

TOMA DE TALAVERA DE LA REINA POR ORDOÑO II,

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

D. EUSEBIO BADIA Y LOBO.

Representado por primera vez con aplauso, en el teatro de Talavera de la Reina el dia 11 de Diciembre de 1864.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

250689

¡¡TALAVERA CRISTIANA!!

¡¡TALAVERA CRISTIANA!!

Ó LA

TOMA DE TALAVERA DE LA REINA POR ORDOÑO II,

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

D. EUSEBIO BADIA Y LOBO.

Representado por primera vez con aplauso, en el teatro de Talavera de la Reina el dia 11 de Diciembre de 1864.

En prueba de mi aprecio á mi amigo D. Alejandro de la Torre y Blanco
El autor.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ELVIRA.....	D.ª Teresa Arberas.
ZULIMA.....	D.ª Adelaida Quesada.
ZUITO.....	D. José Sanchez.
ORDOÑO II, rey de Leon....	D. Cárlos Calvacho.
DON RAMIRO.....	D. José Miñana.
FERNAN.....	D. Victoriano Sanchez.
HIXÉN.....	D. Cirilo Arquero.
ALÍ (negro).....	D. Antonio Garcia.
JIMENO.....	D. N. N.

Moros y tropas cristianas.

La escena pasa el año 915 de la era cristiana.

Reconocido el autor al Sr. Calvacho, que se prestó en obsequio suyo á desempeñar el papel de Ordoño II, siendo de género tan diferente al que él se dedica; no puede por menos de tributarle su agradecimiento por su amabilidad y el acierto con que interpretó dicho papel.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SEÑORA DOÑA DOLORES LOBO,

VIUDA DE SABATER.

Poca es la oferta de este mal escrito drama, mi querida tia; pero mi buena voluntad es mucho mayor.

Reciba V., pues, al propio tiempo que la dedicatoria de la primera produccion dramática de un mero aficionado sin pretensiones, los laureles con que este condescendiente público premió las seis noches de trabajo que empleé en la composicion de la obra que acompaño; y sírvase recibirla como un buen recuerdo que la dedica su afectísimo sobrino

Eusebio.

607706

ACTO PRIMERO.

Murallon del antiguo castillo de Talavera: de trecho en trecho algunas almenas. Á la izquierda, puerta de entrada al castillo, y por la derecha se supone que continúa el muro. En la parte conveniente de este se separará una piedra que conduce á una galeria secreta. En el punto que convenga una bandera musulmana. Aparecen varios moros diseminados por la escena, y Zuito solo, en primer término, muy preocupado.

ESCENA PRIMERA.

ZUITO, ALÍ y MOROS.

ZUITO. Triste presagio anuncia este dia; el astro luminoso se oculta de mi vista; todo el ejército murmura, y no sé qué tormenta amagará su disgusto. ¡Dudarán de mí!... ¡Oh! ¡no lo quiera Alá! porque entonces mil cabezas de mis vasallos mismos quedarán separadas de sus hombros. Sangre mora regará nuestras almenas, y si me faltan luego hombres para defender los muros de Talavera, de esta ciudad tan preciada de mi rey Abderramen, al menos podré decirle que he castigado la rebeldia de sus vasallos; y cuando tenga que entregar el castillo y los muros que defiendo, entonces hallará el cristiano solo sangre; sangre mora si, mas no derrama-

da por él; hallará luto y tinieblas sin ganar una página de gloria, y le entregaré una ciudad convertida por mí mismo en montones de pavesas... ¡Ah! ¡Alí!!!

ALÍ. ¿Cid?

ZUITO. ¿Hay nuevas de Hixén?

ALÍ. Ninguna.

ZUITO. (Ap.) (¡Oh! ¡si este tambien!... En nadie confio...) ¡Oye, Alí! Ya ha rato que debia haber llegado Hixen. En la hora de Azobí de este dia ha espirado el plazo que se le fijó para que tornara con las órdenes del califa, y las noticias de guerra. Ponte en la almena, Alí, y si al llegar el sol á la mitad de su carrera no ha aparecido, da la señal de alarma.

ALÍ. ¿Pues qué? ¿temes alguna asechanza?

ZUITO. ¡Si! todo, todo lo temo...

ALÍ. ¿Tal vez Hixén?...

ZUITO. ¡Calla!... Nada sé, pero él era buen servidor, y cuando tanto tarda... No quiero creer una traicion en él, pues Hixén es fiel; mas puede haber caido en poder del enemigo.

ALÍ. En tal caso, nadie le arrancará una palabra.

ZUITO. Nada sabemos ¡Ocupa tu puesto!

ALÍ. (Desde la almena.) ¡Oh, él es!

ZUITO. ¿Qué dices?...

ALÍ. ¡Salud, ilustre Emir! tu emisario vuelve ya, ya entra en el castillo.

ZUITO. ¡Gracias, Alá, ya respiro!

ALÍ. Ya llegó á la plataforma... ya corre en tu busca... ahí le tienes.

ESCENA II.

DICHOS é HIXÉN.

ZUITO. ¿Hixen?

HIXEN. ¡Emir!

ZUITO. Por fin llegaste, y con tu vista cesan en parte mis in-

quietudes: habla, fiel servidor, habla; ¿qué nuevas traes; qué te ha dicho el noble califa Abderramen; ¿qué viste en el campo enemigo; ¿cómo estan nuestras tropas? qué opinas de nuestro ejército?... ¡Ah! te callas, te callas cuando ves mi ánsia al preguntarte, cuando puedes notar la angustia que me devora. Si nuevas fatales son las tuyas, dilas, dilas pronto, y que Alá maldiga á esos impios. ¡Habla, Hixen, habla! ¿por ventura se ha descubierto la mina que mandé abrir, y que debe dar paso al encargado de destruir al cristiano antes de pisar nuestra ciudad. Dí?

HIXEN. No, noble Emir. La mina permanece ignorada, nada sospechan de ella, y no temais; ningun ejército podrá llegar á la ciudad sin perder su mayor parte en el momento de nuestra estrategia, pero ¡ay!

ZUITO. ¿Qué?

HIXEN. Nada, nada. Es muy doloroso decirlo.

ZUITO. Habla.

HIXEN. Pues bien, sabedlo. Vuestro ejército está descontento; corre la discordia por sus filas, y si bien no temo que os hagan traicion vuestras tropas pasándose al enemigo, sospecho con algun fundamento que no opongan la debida resistencia á los invasores. Sospecho que la gente que quede ilesa despues de la innundacion que proyectamos, entre sin contratiempo en la preciada Talavera, y vos, noble Emir, tan valiente y ensalzado, tendreis que retiraros lleno de oprobio y de vergüenza...

ZUITO. (Con furor.) ¡Calla! y no te atrevas á repetir tales frases; calla, que la ira me ciega ya. ¡Oh! yo iré á recorrer los campamentos; yo hablaré á mis capitanes, y ¡ay del que falte á su deber! Si quieren mis tropas galas y festines cuando estan al frente del enemigo, se las daré; sí, por galas les daré una cuerda, y luego presenciarán festines sangrientos. Se verán unos á otros en vergonzoso suplicio, y de cada almena colgaré uno de esos arteros que se proponen cejar ante el enemigo. Oye,

diles cuanto acabas de oir, y añade que desde hoy comenzaré á mostrarles cómo se castiga la deslealtad.

HIXEN. Emir...

ZUITO. Sigue.

HIXEN. El muy noble y grande Abderramen tercero, que Alá conserve para gloria de Mahoma, te manda un presente régio que te será entregado; enaltece á todas horas tus hechos de armas, y espera que defiendas la ciudad que ocupas mientras te quede un soldado. Talavera es su sueño encantador, por esto el cristiano tanto la codicia, pero tu señor espera que jamás ocupen sus murallas mas que armas sarracenas.

ZUITO. ¡El Califa sabe mi adhesion, primero la muerte que la mancilla! ¡La ciudad será cristiana despues de muert o yo: mientras pueda esgrimir un acero, jamás!

HIXEN. Este consuelo es el que alienta á Abderramen... De sus ciudades principales pocas le quedan. Su corona tan codiciada, va desflorándose sin sentir. Á poco perdió á Rejel, y teme que igual suerte siga la que tú custodias. Defiéndela, Emir, pues es la esperanza postrera del califa.

ZUITO. ¡Que viva tranquilo; pues no en balde dejó á mi cuidado su defensa! Recorre el campamento, Hixén; alienta á mis soldados;... promete en mi nombre gracias para cuando hayamos alejado al enemigo de nuestra vista. ¡Pero ay del que falte á su deber! ¡ay del que cobarde ceda un paso en el combate, pues mi cólera con él será implacable; marcha, y diles que pronto me verán allí. (Hixén se va.)

ESCENA III.

ZUITO.

¿Pero qué? ¡De qué me sirven grandezas y honores, si mi vida es un tormento! De qué me sirve defender ciudades, y dar perlas y brillantes á la corona

de un monarca, si mi desesperacion es cada vez mayor... ¡Ah, Zoraida!, prenda cautiva, (Extasiado.) que en tu dorada cárcel hàbitas, y tienes aprisionado mi corazon; concédeme una vez siquiera una cariñosa mirada, dame tu amor, sultana, y entonces el fiero Zuito, el batallador sin par, tenderá con esperanza las alas sobre el mundo, y será señor de cuanto quieras para arrojarlo á tus plantas. Castillos y ciudades, todo será para tí. Sé tú mora con el alma, como te he obligado á serlo en apariencia, y yo seré tu esclavo. Tu amor, Zoraida, y en cambio admito tu tirania... Pero viene ya. ¡¡Qué bella!!!...

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA y ZUITO.

Elvira con traje oriental muy lujoso: cuando sale no ve á Zuito, y al oirse llamar «Zoraida» contesta con brevedad y energia la frase «Emir.» Lo demas con naturalidad, pero sin perder un momento la dignidad.

ZUITO. ¡Zoraida!

ELVIRA. ¡Emir! La gracia que siempre te pido, te repito ahora; no pronuncies este nombre; llámame Elvira, que es el que me pertenece, el que me recuerda mi patria y religion; el nombre encantador que oí desde la cuna, y que me trae dulces recuerdos en mi cautiverio. Si es tu voluntad tenerme eternamente oculta en tu castillo, sea; pero ya que variastes mis vestiduras cristianas por las moriscas, séame al menos permitido llevar el nombre que mis padres me dieron, y si exteriormente á los ojos de los tuyos he renegado, sea tu suplicio el ver que mi corazon permanece todo fiel á la fé de mis mayores, sea tu castigo verme cristiana al lado de tu fé maldita... y si llegas á cansarte de la generosidad que en mal hora tuvistes conmigo, mátame; si, mátame; y verás cómo con la mayor fé moriré, mas luego teme la

venganza, porque el castigo no tardará en caer sobre tu cabeza.

ZUITO. ¡Zoraida!... no intentes no, que de otro modo te llame. Podrás negarme tu amor, podrás altiva despreciar mi cariño, pero no conseguirás separarte de mi vista... Nunca serás llamada sino por este nombre que repudias, pero que yo adoro. Ya murió la altiva Elvira, la gala y esperanza del príncipe Ramiro, pero de sus cenizas ha brotado una dulce deidad, una aparicion angélica, con el nombre de Zoraida, orgullo de un sarraceno Emir. Tú eres mi amor, Zoraida, tú eres mi vida, y es preciso que nuestros destinos se unan. Sé mia para siempre, (Exaltándose.) y toma el gobierno de Talavera. Dáme tu amor, y seré tu esclavo. Parte al Africa conmigo, y la ciudad será entregada al Cristiano.

ELVIRA. Calla, Zuito, te cansas ya de querer quebrantar mi virtud con amenazas y apelas á tu cobardia. Calla, calla, no necesita el valor de los creyentes del deshonor de sus doncellas, para conquistar ciudades moras le bastan sus lanzas y te la quitarán. No necesito inmolar mi virtud á tus torpes pensamientos, no murió la Elvira, no; vive todavia, y mientras su pecho aliente, se conservará fiel á su rey, su corazon latirá para su amante, y el cielo premiará tanta constancia.

ZUITO. (Con sarcasmo.) ¿Y no sabes, que una palabra mia basta para hacer humillar tu orgullo? ¿Ignoras que soy señor de cuanto quiero; ignoras tú, pobre esclava, que si me empeño serás mia, ¡mia, si! (Alegria salvaje.) serás una de las mil mujeres de mi harem, y cuando me canse de tu cariño que á pesar tuyo te arrancaré, serás la última de mis esclavas?

ELVIRA. ¡Oh, no! ¡Zuito, no!! Jamás te envanecerás con la conquista de una cristiana, ¡no! Mi amor y mi corazon son prendas ofrecidas, y jamás serán mas que del hijo de mi Rey...

ZUITO. (Con horror é interrumpiéndola.) No profieras su nombre. (Decision.) ¡Por última vez, ámame ó tiembla! (Cogiéndola

una mano.)

ELVIRA. (Separándole.) Atrás, poderoso Zuito; pelea cuanto quieras en el campo con tus enemigos, pero respeta siempre á sus doncellas, magüer sean cautivas tuyas. El honor de los cristianos es puro como el sol, y jamás doncella alguna debe empañarle. Harto has hecho con tocar mi mano, pero mi vida responde de mi honor. (Sacando una daga.) Si vuelves á intentar mancillarle, mi vida se extinguirá á tu vista; este acero me servirá de valla; me verás morir maldiciéndote; y este nuevo remordimiento pesará sobre tu cabeza. Tu presencia me repugna. Sal de aqui, obedece á tu esclava, si no quieres verla morir. (Indicando la salida.)

ZUITO. (Con desesperacion y ap.) ¡Oh, maldito amor! (Como concibiendo un plan.) ¡Pero ella será mia!! (Váse.)

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA.

ELVIRA. ¡Pobre Zuito!! Tú que gobiernas millares de moros con solo el menor mandato que es su ley. Tú que tanta sangre has derramado para defender tu causa, y que no tiemblas ante ningun enemigo, tienes que vencerte ante el mas débil de cuantos te han cercado. Una débil mujer te ha rendido; te has prendado de sus hechizos, con ella has creido usurpar su mas querida prenda al príncipe tu enemigo, pero Dios me ha dado valor para aniquilarte. Mi amor le salvará. Tengo ya ganada á Zulima, pronto me traerá nuevas de don Ramiro; sabré de él, al par que él sepa que existe su amada Elvira, siempre fiel á su cariño; y mientras el ejército del Rey su padre pelee en el campo, yo les prepararé la entrada en la ciudad. ¡Gracias, Virgen santa, gracias! (Con gran fervor.) ¡Tú que jamás desoyes á quien á tí implora, mira compasiva mi afan, y tiende tu protector amparo sobre esta cristiana cautiva, y todos cuantos pe-

lean por tu gloria! (Zulima ha aparecido momentos antes, viste de paje con birrete y pluma, y entra muy gozosa.)

ESCENA VI.

ELVIRA y ZULIMA.

ZULIMA. Albricias, Elvira.

ELVIRA. Quién me llama por mi nombre. ¡Ah, eres tú, Zulima! (Abrazándola.)

ZULIMA. Si, Elvira, si, yo, que merced á este traje que debo á tu invencion, he llegado hasta el campamento cristiano, he dado la consigna, y he cumplido tus mandatos.

ELVIRA. ¿Y nada se ha opuesto á tu camino?

ZULIMA. Si, mil veces he sido detenida, pero tu nombre parecia la llave de oro, por do quier que era oido, se veia renacer la alegria en el semblante del que lo escuchaba, y asi he pasado las avanzadas, el grueso del ejército despues, y por fin he llegado á la tienda de tu amor.

ELVIRA. (Gozosa.) ¿Viste á don Ramiro?

ZULIMA. Si, vi al príncipe de vuestra estirpe, con su mirada de fuego y su traje de campaña. Al principio no queria creer la aventura que le contaba, y aun creo que llegó á dudar de mí, creyéndome un espia pagado para perderle, pues por mas que le repetia que viviais, no podia comprenderlo. ¡Os creia muerta! y segun he sabido por sus soldados, era grande su tristeza. Para convencerle le he mostrado vuestro anillo y le he repetido vuestras palabras. Su placer ha sido inmenso entonces, su alborozo es inexplicable; preguntas sin cuento me ha dirigido, le he referido vuestra vida en medio de las armas sarracenas; le he hecho comprender el por qué se ha respetado vuestra vida por el fiero Zuito; y á no reflexionar, al momento creo que hubiera sido capaz de lanzarse sobre Talavera con toda la fuerza de sus tropas.

ELVIRA. ¡Gracias, Zulima, por tan gratas nuevas!... pero le ha-

brás dicho que no se precipite en la toma de la ciudad, le habrás prevenido de la traicion que piensan llevar á cabo.

ZULIMA. Si, todo, todo se lo he referido, y pronto determinarán el cortar los planes de los moros. ¡Ah, con cuánta alegria oia vuestro nombre! ¡Y qué inmenso gozo ha tenido al ver que vos, su amada, erais la que librabais á él y los suyos de las traiciones enemigas! Pronto le vereis, arrogante paladin, digno en todo de vuestro amor. ¡Oh, pronto vendrá!

ELVIRA. ¿Con que pronto darán el asalto á estas fortalezas?

ZULIMA. El ejército está dispuesto, grande entusiasmo reina en las filas cristianas; los combates que han ganado últimamente, y en particular la toma de Rejel llevada con tanta gloria á cabo por las armas de Leon, han enardecido su valor. Hoy mandarán un emisario al Emir Zuito, pidiéndole la capitulacion, y si se niega á ella, mañana antes de la salida del sol, se dará el asalto.

ELVIRA. ¿Con que mañana?... ¡Mañana le veré! Gracias, Dios mio; gracias, Vírgen santa, ¡que has oido mis fervientes súplicas!

ZULIMA. Regocíjate mas, Elvira, le verás antes.

ELVIRA. ¡Antes! ¿Cómo?...

ZULIMA. Al ver la pasion que brotaba de su pecho, al ver el fuego de sus miradas, he reflexionado el combate que germinaba en su alma llena de pasion. Entonces me compadecí de él, me acordé de tí, y le he dicho que viniera en seguida á verte.

ELVIRA. (Asustada.) ¿Cómo?... ¿qué imprudencia habeis intentado?...

ZULIMA. (Sonriendo.) Ninguna.

ELVIRA. Pero será conocido entre los sarracenos...

ZULIMA. Nada temas, cristiana, él vendrá entre los moros, se hallará en medio de sus reductos, y nadie le verá...

ELVIRA. ¿Pero cómo?... ¿Es esto un sueño?

ZULIMA. No, Elvira. Escucha. Desde muy cerca del campamento cristiano, hay una mina subterránea que conduce á

este castillo. Esta tiene su salida, que pocos conocen, pero que yo sé por un caso eventual, al muro que delante tienes. Le he confiado el secreto, y ya debe haber llegado. (Volviéndose, y al ver á D. Ramiro, que ha salido por la puerta del muro.) ¡Ahí le tienes! (Zulima se va.)

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA y D. RAMIRO.

RAMIRO. ¡Doña Elvira! (Mucha pasion.)

ELVIRA. ¡Don Ramiro!

RAMIRO. ¡Sol de mi vida! ¡Prenda adorada! Deja que pueda admirar tu belleza despues de tanto tiempo, cuando muerta te creia y buscaba con afan la muerte en las batallas. ¡Pero por fin te hallo, mi preciada doña Elvira! te hallo, mas dónde, en medio de mis enemigos, custodiada por armas musulmanas, bajo el poder de la media luna, vistiendo orientales galas, tal vez siendo objeto de los torpes amores del Emir.

ELVIRA. (Con dignidad.) ¡Don Ramiro!...

RAMIRO. Perdona, amada mia; perdona que la pasion me lleve hasta la crueldad. ¿Tú me amas cual antes?...

ELVIRA. Sí, don Ramiro. Mi amor es mayor, si asi suceder puede. Cuando me llevaron prisionera en medio de aquella noche cruel, que jamás olvidaré, mi pena era extrema. Mi pensamiento se fijaba en tí, amado príncipe, y solo un pesar me atormentaba. ¿Qué era para mí la vida? ¡Nada! Pero tu amor era el objeto de mis dolores. Mi pensamiento volaba á tu lado, y solo calculaba tu dolor cuando notaras la desaparicion de la que te ama... ¡Ramiro! Aquel pensamiento me desvaneció, y cuando á mi ser volví, me hallé en una cámara régia, sola con un hombre de faz cobriza, de ojos de tigre, fiero como la fiereza misma, que me contemplaba con atencion.

RAMIRO. ¡Oh! qué infamia. ¿Ese hombre era?...

ELVIRA. Silencio. (Con recelo.)

RAMIRO. Cuenta por favor, cuenta...

ELVIRA. Era Zuito, el gobernador que Abderramen acababa de mandar á Talavera... Mandóme en seguida varias esclavas que me perfumaron, y á pesar de mi oposicion me vistieron con galas orientales. Luego tornó Zuito, el cual me dijo que nada temiera, pues nadie atentaria contra mí. Aquel favor que me concedia el árabe, era para mí peor que la muerte; lo temí todo... todo... de aquella generosidad tan poco comun en él... y temiendo otra cosa peor, con lágrimas en los ojos, le supliqué que me diera la muerte.

RAMIRO. ¡Oh, qué horror!

ELVIRA. Entonces era esto una gracia para mí, y no la concedió. Estuvo afable cuanto pudo, y despues me dejó sola... ¡Qué noche tan triste, don Ramiro! Dos hilos de lágrimas surcaron mis mejillas, y me dirigí á Dios y á su Santa Madre! único consuelo que me quedaba en el mundo. Aquella noche era interminable! Al siguiente dia volvió, y entonces llevó mas adelante su crueldad. Se atrevió á confesarme el torpe amor en que ardia, á lo cual contesté con toda la arrogancia que en mí cabe; y tal le dije, que creí que decretaria mi muerte. No fué asi; cuanta mas oposicion veia, mas tiernas eran sus frases, y me llegué á convencer de que su pasion era espantosa. Entonces me procuré una defensa; le arranqué la daga, y le juré por mi Dios y por mi rey que me mataria si no me juraba respetar mi honra. Á él sin duda le interesaba mi vida, porque al ver mi resolucion siniestra, juró á su vez respetarme. Cumplió su palabra, y por esto vivo. Él espera, pero siempre en vano. La voz del cristiano me llama hoy; y ya que villanamente me arrebató de vuestro campamento, la princesa doña Elvira os dará su cabeza, y luego entregará su mano al ensalzado príncipe por quien suspira.

RAMIRO. ¡Bien mio! Cuánto has sufrido; pero concluyeron tus pesares. De hoy mas todo será dicha, mañana se enarbolarán en esta almena las insignias de Leon. Las

aguas del Tajo refractarán las corazas cristianas. Será un dia de gloria para nuestras armas, y mi padre, el rey Ordoño, bendicirá nuestra union, amada mia.

ELVIRA. Feliz soy con tu cariño....

RAMIRO. La gloria cierne sobre nuestras cabezas. Sabrás ya la conquista de Rejel. Con ella han perdido su fuerza moral las lanzas moras. Todo su ejército está descontento, y nosotros con los refuerzos recibidos seremos vencedores... (Ruido interior.) Mas qué rumor... (Escuchando.)

ELVIRA. ¡Ah! Es Zuito... ven al adarve, ¡escuchemos sin ser vistos!! (Se retiran y escuchan.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ocultos; ZUITO, HIXÉN, ALÍ y MOROS.

ZUITO. (Con un pergamino en la mano.) ¡Gualá!... ¡A mí, mis fieles servidores! ¡Oid, hijos del desierto! ¡La hora de teñir vuestros alfanjes ha sonado! El cristiano se atreve á suponer que rendiremos la plaza sin defenderla. ¡Oh, no será asi! ¡No será para él! ¡¡¡Jamás!!! Le envanecen sus postreras victorias; pero las ha conseguido por no hallarse con un Zuito. ¡Con el valor musulman bajo un arnés de guerra!! En vosotros confio, mis valientes africanos. Oponed una heróica resistencia al ejército invasor, y en nombre del grande y poderoso califa Abderramen tercero, os concedo las riquezas que atesore la primera ciudad de los rumies que tomemos. En ella entrareis al saqueo, y todo será para el primer valiente que lo alcance. Sus divinas hermosuras serán despojo vuestro y llenarán vuestros harenes, y el oro y la plata que cojais, para vosotros serán tambien. Jurad defender Talavera musulmana, y yo os juro á mi vez cumplir estas ofertas!... ¿Jurais morir peleando, antes que permitir que planta que no sea mora pise estas almenas?

MOROS. ¡Lo juramos!!

ZUITO. ¡Bien! ¡Hijos del desierto, compañeros fieles de batallas!! Yo á mi vez os juro por Alá, daros un botin en recompensa de vuestra adhesion. Ahora, mirad... este es el pliego que me manda el cristiano. Pide la capitulacion de la plaza; pero yo soy el primero que con arrogancia le contesta, rompiéndolo en mil pedazos. (Le rompe y arroja.) Ahora, un emisario mio, le dirá, que si quiere llevar á raya su valor, que venga á usurparnos el castillo, que llegue á sus murallas y tome la ciudad. ¡Ah! ¡si! vendrá, vendrá; (Alegria salvaje.) pero cuando llegue á sus muros su ejército se desvanecerá; quedará destruido por completo... (Hablando para sí.) ¡Y su mismo rey tambien! ¡¡Qué inmenso placer el mio!!!...

HIXEN. ¿Emir? (Como recordando la situacion.)

ZUITO. ¡Ah, os admirais! Escuchad... Temiendo que llegara este caso, mi sabio arquitecto convinó un gran plan... Desde la orilla derecha del Tajo...—pero muy lejos de aqui...—parte un canal... Detienen las aguas una compuerta, para que ni una gota salga del cauce... Mi fiel servidor, mi esclavo Alí, saldrá luego del castillo, sin que nadie le vea, por medio de una mina subterránea que he mandado hacer; y mañana, (Con misterio.) cuando calcule que el enemigo rodea mi castillo, romperá la compuerta, cortará los cables que la sujetan, y en seguida un mar de agua llenará los fosos, y la campiña toda. El ejército cristiano perecerá todo á nuestra vista, y si alguno queda con vida, huirá llevando impresa en su rostro la huella del terror.

ELVIRA. (Desde el adarve.) ¡Oh!!!

RAMIRO. (Á Elvira.) ¡Nada temas! ocúltate mas. ¡Dios protege nuestras armas!

ZUITO. (Á los suyos.) Ya veis su muerte cuál será, y desde nuestro castillo veremos su destruccion con el placer de la venganza, y sin que nos cueste una sola gota de sangre. Hola, Alí, ya sabes tu deber, mañana salvarás la honra de tu rey. Si en la demanda pereces, Alá te premiará.

ALÍ. Si es tu voluntad moriré. «¡Estaba escrito!»

ZUITO. Ahora busca uno de mis soldados que se encargue de llevar un pliego al rey Ordoño.

ALÍ. Voy por él.

ESCENA IX.

DICHOS y ZULIMA.

Zulima con traje de paje, pero en vez del birrete, con turbante.

ZULIMA. Es inútil. Quieto, Alí.

ZUITO. ¡Zulima! ¿qué intentas?

ZULIMA. (Doblando una rodilla.) Perdona, Emir.

ZUITO. Levanta; ¿qué intentas con ese traje? ¿Cómo abandonas el harem?

ZULIMA. Óyeme con piedad, y perdona á tu esclava.

ZUITO. Bien, habla, y sepa tu pensamiento.

ZULIMA. ¿No buscabas quien llevara tu negativa á la demanda del cristiano?

ZUITO. Si.

ZULIMA. Pues bien, no busques mas, tu emisario de guerra seré yo.

ZUITO. (Admirado.) ¡¡Tú!!!

ZULIMA. Si, yo! que desde este instante me constituyo en paje de mi Emir.

ZUITO. ¿Cómo? ¡Exponer tu belleza á la condicia de un rumí!

ZULIMA. Nada temas, mi traje me custodiará, y solo seré un paje portador de tu misiva.

ZUITO. ¡Oh, no, no! Mi respuesta debe llevarla un gran guerrero.

ZULIMA. No opino asi, Emir, y castiga mi osadia si no apruebo tus mandatos. Es honrar menos al enemigo el mandarle un paje en vez de un rey de armas, y ademas, con mi presencia verán los cristianos que en tu castillo hay pajes tan bellos, como en sus palacios.

ZUITO. ¡Pobre Zulima! Tu orgulloso valor te perderá .. ¿Y si te hacen cautiva?

ZULIMA. No será asi, porque el cristiano es valiente, y nunca hará tal villania.

ZUITO. (Con duda.) ¡Mucho le encareces, Zulima!

ZULIMA. Soy solo justa, Emir. Respeto á Abderramen y obedezco á sus emires; adoro á Alá, y profeso un odio cruel á los rumies; pero á pesar de esto, hago la debida justicia á su caballerosidad, y por esto iré tranquila.

ZUITO. ¿Pero si esta falta, y te hacen cautiva?

ZULIMA. No importa, seré una heroina mora. ¡Moriré con gloria sirviendo á mi rey, y adorando siempre á Alá!

ZUITO. Pues si tal es tu empeño, irás... Voy á poner mi contestacion al enemigo. Seguidme: ¡humillacion... jamás! ¡La venganza empieza ya! Riegue con su sangre nuestros campos, consigamos la victoria y la conservacion de la plaza por el medio imaginado... ¿¡Qué no es leal el hecho!?... ¡Nada importa, ardides de guerra son! Seguidme todos... ¡¡Capitulacion, jamás; antes la muerte, que ceder cobardes!! (Vánse todos.)

ESCENA X.

D. RAMIRO y DOÑA ELVIRA.

RAMIRO. (Bajando á la escena.) ¡Traidor!! ¡Asi piensas vencer á tu enemigo!... Por medio de una cobarde traicion piensas destrozar su ejército á tu vista... ¡Oh, no será! No tendrás este sangriento placer, pues el verdadero Dios ha guiado mis pasos para oirlo de tu boca. ¡Yo destruiré tus proyectos de venganza! Ven, Elvira, la suerte favorece tu fuga; ven conmigo, y mañana sonará la hora del esterminio para el fiero Zuito.

ELVIRA. No, don Ramiro, yo me quedo.

RAMIRO. ¡Qué oigo! ¡Te niegas á que te liberte!

ELVIRA. Si. Por tu amor te ruego que me dejes...

RAMIRO. Esto es increible... ¿Prefieres permanecer al lado de ese hombre despreciable, cercada de enemigos, al placer de verte amada entre los tuyos?

ELVIRA. ¡Si!... si yo me fuera... Escucha, entonces comprenderia el fiero Emir, que el secreto de la mina estaba sorprendido. Sabria la traicion de Zulima, y otra fiera venganza preparara. Venganza que seria mas terrible aun, y que quizás no llegaramos á descubrir. Corre á tu campamento; sabido el secreto fácil es evitar el golpe que proyecta. Parte, bien mio, y mañana entra cubierto de gloria por medio de las lanzas moras, que es el digno modo de libertar á tu amada del cautiverio en que gime.

RAMIRO. Pero en tanto tú...

ELVIRA. Nada temas, don Ramiro. La feroz mirada de tu enemigo tiembla ante la mia; le conozco bien, y estoy segura de vencerle.

RAMIRO. Pues bien, parto ya: tu amor me escudará en el combate, y mañana libraré á mi amada. ¡Adios, mi amor!

ELVIRA. ¡Adios, bien mio! (Antes de separarse, aparecen Hixén y Alí; el primero se queda á la puerta. Combínese de manera que estos no vean á Elvira y Ramiro.)

ESCENA XI.

DICHOS, ALÍ é HIXÉN.

HIXEN. (Desde la puerta.) Ya sabes la órden del Emir; cuando el cristiano esté al pie del muro, rompe la compuerta, y salvas la plaza. ¡Dichoso tú si mueres librando la ciudad!

ALÍ. Descuidad, que por Alá juro, hacer morir todo el ejército.

ESCENA XII.

DICHOS, menos HIXÉN. Hixén se ha retirado en seguida. Alí va á entrar en la mina y se le interpone D. Ramiro con la daga desnuda.

RAMIRO. Mientes, miserable. ¡Vas á morir!

ALÍ. ¡Traicion!

RAMIRO. Calla, ó te paso de parte á parte. Ríndete á mí sin dilacion, ó mueres por mi mano.

ALÍ. (Cayendo de rodillas.) ¡Piedad! cristiano.

RAMIRO. La tendré, porque tu cobardia no merece ni aun la muerte. Esconde sus armas, doña Elvira. (Quitándoselas.) Y vente cautivo conmigo. (Sujetándole.) Adios, Elvira. ¡Nada hay que temer ya! ¡Mañana las armas cristianas entrarán triunfantes en la plaza, y á la voz de ¡Santiago y por Ordoño! te arrancaré, cubierto de gloria, del poder del sarraceno. (Entra con Alí en la cueva, y Elvira exclama cayendo de rodillas.)

ELVIRA ¡Gracias, Vírgen Maria!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Campamento cristiano cerca de Talavera. Á la izquierda la tienda real, que se distinguirá de las demas por su lujo y los blasones de Leon; al lado un pendon blanco con cruz roja, y al frente una mesa de campaña con rollos de pergamino. Varias tiendas en el resto de la escena. Es de noche y una clara luna alumbra el campamento hasta la mitad del acto que va oscureciéndose. Al levantarse el telon se oye un toque de clarin en señal de silencio, el cual se repite hasta concluida la primera escena.

ESCENA PRIMERA.

FERNAN, JIMENO y SOLDADOS.

FERNAN. Ya sabeis las órdenes de su alteza real; don Jimeno, cuando la alborada principie á clarear, tened dispuesta vuestra division. Recomendad el valor á las tropas de vuestro mando, y cuidad que nada falte para el combate.

JIMENO. El Rey me honra con el mando que me ha otorgado, y procuraré hacerme digno del favor que me dispensa.

FERNAN. Podeis retiraros. (Váse Jimeno.)

ESCENA II.

DICHOS, menos JIMENO.

FERNAN. Valientes leoneses: la noche apacible tiende sus negras alas sobre nuestros reales. El sepulcral silencio que nos rodea, interrumpido solo por el toque del clarin, nos llama al descanso. Largos dias de fatiga hemos tenido, y lo mismo que nosotros el augusto rey Ordoño segundo, que se desvela siempre, y trabaja como el mas humilde de sus vasallos: nuestro buen monarca nos da el ejemplo del gran valor que debe ornar á todo guerrero. Él es un incansable soldado. Siempre vela por el bien y gloria de sus súbditos, al propio tiempo que procura el bienestar de sus soldados. En los combates es el primero. Su arrojo no tiene igual, pues siempre es el primero que asalta el muro enemigo. Imitadle siempre, valientes hijos de Leon, sed dignos soldados de tal rey, y ya que han llegado á nuestras filas los valientes hijos de Galicia, descendientes del santo y gran guerrero Santiago, mostrad todos el valor que siempre os ha distinguido, y mañana vea el sol naciente los muros que teneis delante coronados por corazas cristianas. Ondee nuestra insignia en su castillo, y sea Talavera otra vez cristiana, despues de tantos años de estar custodiada por la media luna. Ahora; pues que mañana vuestro valor hallará un gran enemigo con quien lidiar, recogeos á vuestras tiendas, y la diana os anunciará que se acerca la hora del combate. Valor en él, valientes de mil batallas, pues la página que vais á ganar será tan gloriosa cual la que en Rejel conquistasteis. Despejad ya .. (Vánse las tropas.)

ESCENA III.

FERNAN.

Descansad, valientes soldados, descansad mientras por vosotros vela vuestro capitan Fernan, y en este sitio espera al monarca para recibir las últimas órdenes para el asalto. Cuentan que Zuito es gran guerrero, muy valiente, y que no cederá la plaza sino despues de una resistencia terrible. Mejor, asi nuestras tropas se cubrirán de gloria; y el rey de Toledo verá que todo el poder musulman no basta para impedir que el valor cristiano siga su camino de victorias conquistando á los infieles y ganando plazas moras. ¡Oh! ¡qué grande estará el rey Ordoño, que tanto desea verse frente á frente con el gobernador mas feroz de la morisma! ¡qué grande estará á su lado, cual siempre, batallando su buen hijo el príncipe Ramiro, tan valiente como su padre! (Recordando.) ¿Pero el príncipe?... ¡Debia haber vuelto ya! Su tardanza me inquieta... Fué tan rara su salida del campamento... Vino un paje, le habló en secreto, le entregó un anillo, y luego el príncipe marchó con él, impidiéndome que le siguiera. ¡Oh, si su vida correrá peligro!... Casi casi siento haberle obedecido... Pero, no, no; su súplica era un mandato, é hice bien en obedecer. Ahora, si lo del paje fué una traicion, yo vengaré á mi príncipe y señor... Pero, ¡ah! viene el Rey...

ESCENA IV.

ORDOÑO y FERNAN.

REY. Mi fiel Fernan, buscándote andaba.

FERNAN. Y yo aguardaba á vuestra alteza en el centro del Real, y al lado de su tienda segun los partes recibidos. Espero vuestras órdenes.

REY. Dime francamente, ¿qué opinas del combate de mañana?

FERNAN. Señor, mi contestacion es categórica. Perderemos algunos hombres, mataremos muchos infieles, y tomaremos la ciudad.

REY. ¿Y crees firmemente que la plaza será nuestra al llegar el nuevo dia?

FERNAN. Ni un momento lo he dudado.

REY. Pero no ignoras el sin igual valor que atribuyen al Emir que la custodia. Cuéntanse mil consejas, y su crueldad le hace temible aun entre los suyos.

FERNAN. Pues esta ventaja tenemos. Señor, los suyos le odian, y á pesar de que se defenderán como tigres... No lo dudeis, les falta la subordinacion, y su arrojo y su valor de poco les servirán.

REY. Dices verdad, Fernan. Siempre he creido la victoria segura, cuando la causa que se defiende es santa. Dios protege mis banderas, y creo que la conquista que alumbre el nuevo sol, eclipse por su gloria cuantas han alcanzado mis ejércitos durante este reinado. Las tropas de Zuito estan descontentas y les faltará el arrojo necesario para defender una plaza tan fuerte, pero á la que preparamos un ataque tan bien combinado, y que ellos no creerán tan estratégico. Toma; en estos pergaminos (Cogiéndolos de la mesa.) hallarás el plano de la ciudad y el plan de la batalla. Estúdiala en las pocas horas que restan hasta el dia, y procura que al rayar el alba se levante el campo.

FERNAN. Las órdenes de vuestra alteza real serán cumplidas. ¿Pero no se retira el Rey á su tienda?

REY. No, Fernan. Cumple al monarca procurar que su ejército esté bien atendido siempre, y mas la víspera de una batalla. Tengo que hablar á algunos capitanes; pero ¡ah! ¡llama á mi hijo!

FERNAN. (Ap.) ¡Oh! ¿qué le diré?

REY. ¿No oyes? Llama á don Ramiro, que debe hallarse en nuestra tienda.

FERNAN. (Disculpándose.) Perdonad...

REY. ¿Qué es eso, Fernan? ¿qué me ocultas? ¿dónde está mi hijo!?

FERNAN. Lo ignoro.

REY. ¿Pero no está en el campamento?

FERNAN. No.

REY. ¿Cuándo ha salido?

FERNAN. Esta tarde.

REY. ¿Solo?

FERNAN. No.

REY. ¿Con quién?

FERNAN. Con un paje.

REY. ¿De quién?

FERNAN. Lo ignoro.

REY. ¡Fernan, tú abrigas alguna sospecha! Una gran palidez cubre tu semblante. ¿Crees que á mi hijo le amaga algun peligro?... dilo, dilo; y ay del que haya puesto sus ojos con vil amaño sobre don Ramiro.

FERNAN. Calmaos, noble Rey. Quizás mis pensamientos, poco halagüeños siempre cuando no andamos á cintarazos con los infieles, me hayan representado imágenes siniestras, pero que solo existen en mi imaginacion; mas yo os diré cuanto vi.

REY. Habla, habla pronto.

FERNAN. Se hallaria el sol á la mitad de su carrera, cuando llegó al campamento un paje, preguntando por el príncipe Ramiro; y con tal insistencia preguntó, que por fin le concedieron el honor de hablarle. No sé qué palabras mágicas le diria; lo cierto es, que con ellas le hechizó; pues su alteza don Ramiro salió de la tienda rebosando alegria por los ojos; y despues de prohibirme que le siguiera, se marchó con él. En un momento desaparecieron de nuestra vista, sin saber por dónde, pues pareció que les habia tragado la tierra.

REY. ¿Pero cómo no me comunicastes su marcha al momento?...

FERNAN. Porque su alteza me prohibió hablar una sola palabra,

diciéndome que antes de la noche estaria de vuelta, y que entonces daria una buena nueva á vuestra real persona.

REY. Pero la noche llegó, y él no ha vuelto. ¡¡Oh. Si será una traicion de Zuito!! Le habrá cogido por medio de una villania. Le tendrá en rehenes para proponerme por su libertad que levante el sitio. ¡Oh sueños terribles, fantasmas vanos, huid de mí!!! ¡Hijo mio, hijo mio!! ¡Dios santo, no permitas, no, semejante infamia! No eclipse este dolor la gloria de la jornada de mañana, y no tenga que ser el placer de la venganza, el que me lleve al castillo del Emir del rey moro de Toledo. ¡Ah Fernan!

FERNAN. Rey, calmaos.

REY. ¡Que me calme! Calla, si no comprendes el dolor de un padre. Llama á los otros capitanes, Fernan; averigua á dónde ha ido el príncipe don Ramiro. Seguid todas las huellas que podais hallar, y traed las que adquirais.

ESCENA V,

DICHOS y D. RAMIRO.

Habrá escuchado las últimas palabras del Rey.

RAMIRO. Es inútil que busqueis. Vuestro hijo ha vuelto ya.

REY. (Arranque.) Don Ramiro... ¡Hijo mio!

RAMIRO. Padre del alma, aqui me teneis, cuando á juzgar por vuestras palabras, me creiais quizá muerto. No, padre mio, vivo, soy feliz, hoy es el dia mejor que para mí ha existido, mi dicha es inmensa. Una aventura que os parecerá ilusoria y aun fantástica me ha sucedido, y por medio de ella he hallado mi felicidad, y os he librado á vos y al ejército, todo de una torpe traicion que se os preparaba.

REY. ¿Qué dices? ¡Tú estás loco!

RAMIRO. No, padre mio, y perdonad si en medio de mi alegria

no encuentro palabras con que comunicaros el placer que en mí siento, pero voy á contaros el hecho, aunque brevemente.

REY. Habla, Ramiro, que me tienen atónito tus palabras.

RAMIRO. Pues bien, escuchad. ¿Sabreis ya que un paje vino al campamento con gran empeño para hablarme; y que apenas me vió, habló pocos momentos conmigo; me entregó un anillo, y que luego le seguí?

REY. Esto lo sé... pero no tengo mas noticias.

RAMIRO. Entonces, ¿ni siquiera sospechais, quién me podia mandar por emisario un paje desde los muros enemigos, y la víspera de una batalla?

REY. Nada sospecho, y por esto te ruego que hables pronto.

RAMIRO. Pues bien, mi noble padre. El que encargó al paje que viniera, fué mi prometida doña Elvira.

REY. ¡Qué dices!! ¡Doña Elvira! ¿pues dónde se halla?...

RAMIRO. Cerca de este sitio. En el castillo de Talavera, trabajando en favor de nuestras huestes, y esperando que pronto la libremos del tirano que la arrebató de nuestro campamento.

REY. ¿Luego en aquella noche que quisieron sorprendernos?...

RAMIRO. Fué robada, padre mio, por el guardian de la ciudad... Zuito la arrebató, y prendado de su hermosura, la llevó á su harem. Una vez allí la colmó de atenciones...

REY. Pero ella...

RAMIRO. Ella, padre mio, se dejó el corazon entre nosotros. Despreció primero el cariño del Emir, y despues sus amenazas;... y hasta llegó á jurarle que se daria la muerte antes que llegara con su torpe aliento á empañar su honra. Yo la he visto ahora con el valor que siempre ha mostrado; y en medio de todos los infieles, es objeto de veneracion, pues su hermosura y su valor la hacen superior en todas partes

REY. (Dirigiéndose adentro con la vista.) ¡Bien, hija mia! ¿Pero el paje que vino?...

RAMIRO. No era paje. Es una de las esclavas del Emir, que doña Elvira ha convertido á la religion de Cristo. Su nombre es Zulima, y veces mil arrostrará la muerte para servir á doña Elvira. La quiere mucho.

REY. Bien decias, Ramiro, que tu relacion tiene visos de fantástica. Y dime... ¿cómo tuviste valor para lanzarte en medio de los enemigos? ¿Cómo has podido llegar hasta la ciudad? (Dudando.) ¡Oh, es increible cuanto has dicho!!

RAMIRO. Pues todo ello es muy sencillo, padre mio. La esclava Zulima habia descubierto una mina que parte de uno de los muros del castillo, y tiene su salida muy cerca de nuestro campamento, la cual está oculta en el interior de una cabaña. Como sabia que doña Elvira era mi prometida, imaginó traerme noticias suyas, en cuanto sentaramos nuestros reales en estos campos. Por esto vino, por esto fuí; y sin ser visto ni excitar sospecha alguna, he visto los medios de defensa que cuentan los contrarios; he observado la situacion de sus murallas; y he oido por mi mismo á Zuitó, negarse á la capitulacion de la plaza, y dictar una traicion, que en mal hora inventó contra vos y vuestro ejército.

REY. ¡Una traicion!... ¿qué es lo que intenta?...

RAMIRO. Viendo que á pesar de su valor le era imposible resistir al denuedo de las armas cristianas, y que en leal combate pronto nuestro pendon entraria triunfante en la plaza, pensó en destrozar nuestro ejército á su vista...

REY. (Interrumpiendo.) Infamia digna de él...

RAMIRO. Mandó hacer la mina que ya sabeis. Ella debia dar salida á uno de sus esclavos, el cual tenia que romper la compuerta de un canal que del rio parte, y cuando al pié de sus muros estuvieramos, perecer todos ahogados. Vi dar órden tan cruel; y al nubio, por Alá jurarle cumplir sus mandatos. No pude resistir mas; aceché al esclavo, y cuando iba á entrar en la mina le hice prisionero; le despojé de sus armas y le he entregado á nuestras tropas.

REY. Bien, hijo mio, tu osadia y sin igual valor nos ha salvado...

RAMIRO. ¡Dios me deparó tal fortuna! Ahí traen al esclavo. Es prisionero de guerra; dictadle la sentencia...

ESCENA VI.

DICHOS y ALÍ, custodiado por soldados.

REY. (Á los soldados.) Custodiadle hasta el nuevo dia. Mañana despues de la batalla determinaré sobre su suerte. (Se le llevan.) Ahora dedicad un rato al descanso, don Ramiro, qne mañana debe tener lugar una memorable jornada, y con la ayuda del Señor, añadiremos una nueva conquista al floron de nuestras glorias. (Ramiro se va.) Retiraos tambien, Fernan, y hasta la hora del combate.

FERNAN. ¡El cielo guarde á vuestra real alteza! (Vánse en sentido opuesto.)

ESCENA VII.

ZULIMA.

(Con turbante.) Por fin llegué. Todo es silencio. Gracias á la mina descubierta y á mis precauciones, nadie me ha visto; sin embargo que poco me importaba. Este pergamino me hubiera facilitado el paso hasta llegar á hablar al rey Ordoño. Pero siempre es mejor asi... Esta es la tienda real, sí. La conozco bien. Sin duda en ella estará el amante de doña Elvira. (Levantando la cortina y mirando.) ¡Oh, vedle allí!... ¡y está velando! Le sirve de descanso el recuerdo de su amor. Feliz él, y feliz ella, que en sus almas atesoran tan inmenso cariño, y se verán unidos para siempre... ¡Oh! Os lo juro á la faz de las estrellas. Esta pobre esclava, que ha sabido querer y es feliz desde que doña Elvira la

enseñó á confiar en una divina Madre, (Mucho fervor.) promete haceros dichosos, aunque fuera á costa de su propia sangre. (Escuchando.) ¡Pero qué rumor!...

ESCENA VIII.

ZULIMA y FERNAN, por la derecha.

FERNAN. (Con arco y flechas, ap.) ¡Si será un espia! (Apuntándole.) ¡Alto! ¡ni un paso mas, ó eres muerto!

ZULIMA. (Muy serena.) ¡Alto á mi vez os digo, cristiano! Nunca creí que vuestra arrogancia fuera tanta delante de un enemigo indefenso, y que segun podeis colegir por mi traje; soy solo un paje enviado por mi Emir, que Alá guarde, y que como veis vengo de paz.

FERNAN. (Ap.) Me agrada el pajecillo con sus humos de valiente. (Acercándose.) ¿Y qué quieres?

ZULIMA. ¡Ver al Rey!

FERNAN. Mucho aspiras.

ZULIMA. No le importe.

FERNAN. ¿Qué le quieres?

ZULIMA. Darle un pliego.

FERNAN. Puedes darle á un capitan.

ZULIMA. ¡Imposible, cristiano! Soy un enviado de Zuito, el cual me encargó que en manos del mismo Rey le depositara...

FERNAN. ¿Y cuál es su contenido?

ZULIMA. Completamente lo ignoro, aunque sospecho que es su negativa á las condiciones que le ha impuesto vuestro soberano.

FERNAN. (Con alegria.) ¿Entonces prefiere que le arrebatemos su poder por medio de nuestras lanzas?

ZULIMA. (Con valor.) Y á su vez quiere disputaros el terreno palmo á palmo, y que antes que la victoria corone vuestras huestes—si tal es vuestra fortuna—que raudales de sangre cristiana corra al pie de los muros de Talavera; y que cuando os enseñoreeis de la plaza, hayais pagado muy cara su conquista.

FERNAN. Nada importa que asi piense. Que defienda sus muros con heroismo, pues los soldados de la fé, quieren enemigos aguerridos; pero por mi Dios le juro que la ventaja será nuestra, y que entraremos triunfantes á pesar del valor de vuestras tropas, y de los medios de defensa que tu Emir haya acumulado en sus murallas.

ZULIMA. Eso lo veremos, capitan.

FERNAN. Lo veremos, pajecillo.

ZULIMA. Pero el Rey... ¿En dónde está?

FERNAN. (Mirando.) Véle allí. Ya se acerca, iba recorriendo el campamento y viene á recogerse á su tienda...

ZULIMA. Pues capitan, presentadme á vuestro Rey, ya que sabeis mi mision entre los vuestros.

FERNAN. (Ap.) Extraño modo de mandar emisarios. (Desconfiado.) Y valerse de pajes en asuntos de guerra? Algun misterio encierra el pajecillo... En fin, veremos.

ESCENA IX.

DICHOS y ORDOÑO.

REY. (Hablando consigo mismo.) Todo está corriente, y antes de una hora, podremos levantar el campo.

FERNAN. Perdone vuestra alteza si le detengo en momentos tan críticos, y cuando su real atencion está fija en la ciudad sitiada.

REY. El monarca pertenece á sus vasallos. ¿Qué quieres, Fernan?

FERNAN. Acaba de llegar al campamento un paje moro, que se dice portador de una misiva de Zuito para vuestra alteza, y solicita la atencion de hablaros.

REY. Que venga cuando quiera. ¿Donde está, Fernan?

FERNAN. Le presento á vuestra real alteza.

REY. ¿Eres tú el emisario que me avisan?

ZULIMA. Si, Rey de Leon. El Emir á quien nuestro soberano de Toledo, Abderramen, tercero tiene confiada la custodia

de Talavera, me envia á deciros que jamás ha humillado su cerviz ante ningun enemigo, y menos debe hacerlo hoy, que estriba en la defensa de la ciudad, no solo su buen nombre de soldado, sino las esperanzas de su rey; que despues de la defensa de la plaza que teneis delante, espera que la suerte de las armas proteja otra vez á los muslines. Repetidas sus propias palabras, (Doblando la rodilla.) entrego el pliego que os envia, (Le da.) y dejo terminada mi mision.

REY. Levanta, paje. (Leyendo.) «Rey cristiano Ordoño segun»do. No espereis jamás la capitulacion. Vuestro enemi»go tiene sangre africana. Esto os basta. Si vuestro ejér»cito es tan valiente y aguerrido, venid; pues los mi os »os esperan en las almenas que defienden.»—«Zuito.» —(Declamando.) ¡Digno modo de recibir á un enemigo, custodiados por sus muros! Pero no importa. Mis tropas pasarán el parapeto, y esos valientes, que necesitan por corazas recios torreones, serán pasados á cuchillo por mis soldados. Di á tu Emir, que leida su negativa, solo aguardo el momento de saludarle con la punta de mi espada. Llévale esta respuesta.

ZULIMA. (Arrodillándose.) ¡Rey?

REY. ¡Qué es esto! ¿no partes como te acabo de ordenar?... ¿qué esperas?

ZULIMA. Perdona, gran Rey, cuanto en mí veas. Pertenezco segun mis vestiduras á la fé del Islam, pero mi corazon es cristiano. Creo en tu Dios, Rey Ordoño; y espero que me recibas con la benignidad de un defensor de vuestra fé.

REY. (Con duda.) ¿Qué oigo? ¿Es verdad lo que dices?

ZULIMA. Tan cierto, como sois rey de Leon.

REY. ¡Oh! ¡no es posible! ¿Cómo entonces te manda tu Emir á mi presencia?

ZULIMA. Perdonad la traicion que he hecho á Zuito. Hace tiempo que los ritos árabes son solo farsa para mí. En apariencia mora soy, pero mi corazon es del Dios de los cristianos; yo le amo y respeto á su Santa Ma-

dre. Yo en sus oraciones acompaño á Doña Elvira, (Con interés.) yo sé el secreto de sus amores, y prometo salvarla, á ella, y á vuestro ejército; pero antes deseo vuestra bendicion, como padre de mi amiga y salvadora.

REY. ¡Con que tú!... (Desconfianza rápida.) ¡Oh... no es posible, no! Tú solo eres un traidor que vendiste á tu Emir y que conoces á Elvira, y has descubierto el secreto de su amor; quizás tambien la mina que mandó hacer el vengativo Zuito... (Transicion.) y ahora vienes á implorar cariño al cristiano, para luego ir al moro; y revelarle que se saben sus amaños, para que procure hacer inexpugnable su ciudad! (Exaltándose.) ¡Oh, no será! ¡no! ¡Mil veces no!!

ZULIMA. (Suplicante.) Rey Ordoño, perdonad...

REY. No esperes, no, compasion, traidor.

ZULIMA. Os juro por vuestro hijo, que...

REY. ¡Calla!... que el que una vez reniega; no es digno que se escuchen, ni aun sus juramentos...

ZULIMA. Pero cristiano, escucha...

REY. Nada oigo... En la ciudad te escucharé. ¡Hola, Fernan Custodiad á este paje como prisionero, y mañana le daremos el corectivo.

ESCENA X.

DICHOS y D. RAMIRO, sale de la tienda.

RAMIRO. ¡Qué oigo! (Viéndola.)¡ Zulima! Fernan, nadie toque ni á un solo pelo de este paje, ó por Dios le juro, que deja la vida á mis plantas.

FERNAN. ¡Oh!... (Admirado.)

ZULIMA. ¡Don Ramiro!

FERNAN. ¿Qué extraño suceso?

REY. ¿Qué es esto?

RAMIRO. Nada: que este prisionero solo puede estar bajo la salvaguardia de un príncipe; y como desde este momento tomo á mi cargo su custodia, bajo mi respon-

sabilidad, le digo: ¡Parte cuando quieras, que el hijo de tu Rey te vuelve la libertad!

ZULIMA. Gracias, don Ramiro. (Yendo á arrodillarse.)

RAMIRO. (Á ella bajo.) Levanta, Zulima, soy todavia tu deudor.

REY. ¿Pero qué es esto, hijo mio?

RAMIRO. Perdonad, padre y señor, si veis extraña mi conducta, y por primera vez, veis que contrarío vuestros deseos; pero vos desconfiais de todo en estos momentos, no lo extraño; mas si hubierais dejado hablar á mi defendido, venzes de haberle entregado á vuestro capitan, le hubierais abierto vuestros brazos.

REY. ¿Qué dices?...

RAMIRO. Este paje que aqui veis, es el salvador de mi futura esposa; es el único amigo que tiene en su triste cautiverio.

REY. ¿Luego era verdad?...

RAMIRO. Todo cuanto os haya dicho, padre mio. Él se ha desvelado y ha inventado mil amaños para que Elvira y yo pudieramos hablarnos. El mismo traje en que le veis, es una agudeza de su ingenio para facilitar sus proyectos. Su sexo no es el que representa. Este lindo paje es...

REY. (Queriendo adivinar.) ¡Oh será... será...

RAMIRO. Es Zulima, padre mio. Abridla los brazos, en recompensa de cuanto por nosotros ha hecho.

REY. ¡Es posible! Ven á descansar en ellos, hija mia!

ZULIMA. (Cayendo en sus brazos.) Gracias, mi Rey. ¡Qué felicidad tan grande!

REY. Y perdona, pobre Zulima, á es te rey que tan cruel se mostró contigo sin conocerte; pero ahora, como amante padre, te dá las gracias al par que su hijo.

ZULIMA. ¡Callad, señor! Doña Elvira ha hecho mas por mí!...

REY. ¿Pues qué?...

ZULIMA. (Con gran fervor.) Me ha mostrado un Padre en los cielos, y me ha labrado una dicha, antes para mí desconocida.

REY. (Recordando á Elvira.) ¡Bendita sea! (Transicion.) Pero es tarde, pronto la alborada clareará. Ramiro, lo cruel que tu padre ha sido con Zulima, sea recompensado por tus

atenciones, dila que mi corazon es benigno. Borra de su mente, la mala idea que en ella haya podido crear mi proceder, mientras yo acabo de recorrer el campamento. Adios, hija mia, mañana nos veremos en la ciudad, y tú serás la mas tierna compañera de la princesa Doña Elvira. (A Fernan.) Vamos pronto. (Vánse.)

ESCENA XI.

D. RAMIRO y ZULIMA.

(Entonacion y rapidez en esta escena.)

RAMIRO. Bella Zulima,
¿cómo tan sola
y con este traje
te hallas aqui?

ZULIMA. ¿Y esto te extraña?

RAMIRO. Mucho, Zulima,
contesta pronto.

ZULIMA. Escúchame.

RAMIRO. Di?

ZULIMA. Cuando partiste
de la muralla
que fiero guarda
mi atroz Emir;
triste dejaste
un alma bella
que sin tu aliento
piensa morir.
En su mirada
se divisaba
todo el cariño
que inspira amor.
Dulces suspiros
lanzaba al viento
tu amada Elvira
en su dolor.

Yo libre entonces
solo pensando
nueva en traerte
de tal querer,
vendíme ufana
como emisario,
y del cruel Zuito
burlé el poder.
Él, ignorando
que por tu amada
de Alá, «Zulima»
dejó la ley,
muy confiado
dióme su pliego,
y en él un reto
para tu rey.
Despues, Elvira,
amante y loca,
en tí pensando
vínome á ver;
y cual recuerdo
de tu cariño,
que mayor nunca
podrá tener,
dióme esta banda
que ella ha bordado,
y luego me dijo...
«Parte al Real,»
y aqui la tienes. (Dándosela.)
Tómala, príncipe,
y ella te escude
de todo mal.

RAMIRO. Cuando mañana
con alborozo
asalte el muro
de la ciudad,
verá mi Elvira,

sobre mi pecho,
este recuerdo
de su lealtad.
Y en él mirando
con alegria,
la fiel enseña
de su pasion,
iré al combate
con gran contento,
hasta rendirla
mi corazon.

ZULIMA. (Oyendo la diana.)
Decid, Ramiro,
¿qué significa
el bélico toque
de este clarin?

RAMIRO. Que la morisma,
bella Zulima,
en Talavera
dió ya su fin.
Pronto al combate
ya volaremos,
y asaltaremos
vuestra ciudad.

ZULIMA. Corro á decírselo
ya á doña Elvira,
que allí me espera
con ansiedad.

RAMIRO. Corre, Zulima.

ZULIMA. ¡Príncipe, adios!

RAMIRO. Él te proteja.

ZULIMA. ¡Y os guarde á vos! (Váse corriendo.)

ESCENA XII.

D. RAMIRO, el REY, CAPITANES y SOLDADOS.

D. Ramiro va á salir y se halla con los demas. Los capitanes traen los pendones de Galicia y de Leon, y el Rey coge el de las enseñas cristianas que está al frente de su tienda. (Música.)

REY. Bravos hijos de Leon y de Galicia, la hora del combate ha sonado. Partamos sin dilacion contra el enemigo, y no descansemos hasta enseñorearnos de sus almenas. Sea nuestro valor objeto de orgullo para nuestros descendientes, y al par de la página de gloria que ganemos llevemos, la libertad á los tristes cristianos que gimen cautivos entre los sarracenos. ¡Su voz nos llama! Asaltemos las murallas con valor. ¡Sús, mis valientes! ¡Vivan los hijos de Leon y de Galicia!!

TODOS. ¡¡Viva el rey!! (Cuadro final. Marcha guerrera y en medio de ella desfilan las tropas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Continuacion del mismo murallon del primer acto, que sigue á derecha é izquierda. Al lado de los dos bastidores en que concluye la muralla, dos garitas salientes, una mas alta que la otra con centinelas moros, los cuales ningun caso deben hacer de cuanto por la escena pase. Es de noche. Oscuridad intensa.

ESCENA PRIMERA.

CENTINELAS, despues ELVIRA.

CENT. 1.° ¡Centinela alerta!

CENT. 2.° ¡Alerta!

CENT. 3.° ¡Alerta!!

CENT. 4.° ¡Alerta está!!!...

ELVIRA. (Saliendo.) Por fin un momento me veo libre de la presencia del tirano... fué á dar sus disposiciones para el combate; pues ya duda que la traicion le dé la victoria. Nada sospecha de la prision de Alí; y á pesar de la desconfianza que le cerca, todavia espera. Pero la fortuna ya dejó de sonreirle. Si, si. ¡Dios mio, tú que desde el cielo ves mi ansiedad, y el valor de los cristianos, protege sus banderas, y haz que la enseña de la fé, ondee sobre los muros de Talavera, extendiendo tu religion

por la ciudad! (Viendo á Zuito dentro.) ¡Oh, viene Zuito, que no me vea!! (Váse.)

ESCENA II.

ZUITO é HIXEN.

ZUITO. ¿Qué nuevas hay, Hixén?

HIXEN. Poco interesantes son, Emir, porque las esperabamos. Desde el alminar mayor, se nota al débil resplandor de las estrellas gran movimiento en el campo enemigo. Sin duda los cristianos levantan sus tiendas, para intentar el asalto de estos muros.

ZUITO. ¡Feliz momento que he esperado con tanto afan! ¡Oh, qué delicia cuando lleguen á las murallas ya!... y... y perezcan todos... (Mucha fuerza.) todos, si... en medio de la corriente del canal!... ¡Oh Hixén! ¡qué placer será el mio!! ¡Allí morirá mi enemigo el rey Ordoño! ¡En medio de una agonia atroz, espirará tambien su hijo; que me roba el corazon!! ¡Oh, yo los veré morir al pié de mis almenas! ¡Ellos, con moribundos ojos, me verán tambien... ¡pero grande como un vencedor!... y mi salvaje mirada, les mandará por despedida, todo el feroz encono que en mí arde!!!

HIXEN. Si, Emir, tu vencerás. ¡Alá lo quiere! Pero debes prevenirte por si acaso; pues la victoria es muy voluble, y pudiera dirigirse á los contrarios!

ZUITO. ¡Nada temo, Hixén! mis proyectos estan bien combinados. Alí es un fiel esclavo, y cumplirá cual ha jurado; pero haz tu voluntad con nuestras tropas. Marcha, y que Alá te proteja.

HIXEN. ¡Él os guarde, gran Emir! (Váse.)

ESCENA III.

ZUITO.

¡Si! ¡Hoy es el dia apetecido! ¡Hoy morirá tu amante, altiva Zoraida! ¡Morirá ante tus ojos, y luego que nada esperes de tus antiguos amores, tu corazon será mio! ¡Si!... Te arrancaré el amor que tú me inspiras. Serás sultana de mi harem, si me llegas á adorar;... y si no, serás esclava del Emir. Humillaré tu altiva mirada, convirtiendo mi pasion en tirania, y dia llegará en que postrada á mis pies, te arrepientas de tu necio orgullo... mas quiero verla... Zoraida... Zoraida. (Llamando.)

ESCENA IV.

ZUITO y ELVIRA.

ELVIRA. ¿Me llamas, Emir?...

ZUITO. Si, quiero verte; pero quiero que con dulce sonrisa te presentes á mis ojos. Quiero que, por fin, hoy, des oido al inmenso amor que te profeso... Quiero que seas mia; y reines en mi corazon eternamente.

ELVIRA. No esperes, Zuito, jamás conseguir lo que deseas. Una y mil veces te lo he dicho, y cuando doy una palabra... —¡ya me conoces!—La muerte no me hará retroceder.

ZUITO. (Ap.) ¡Oh, qué crueldad! ¡mi pecho arde!! Oye, Zoraida; ámame, porque jamás podrás ser de don Ramiro.

ELVIRA. ¿Y quién te lo ha dicho? (Con fuerza.) ¿Responde... dí?

ZUITO. (Voz de trueno.) ¿Quién?... ¡El destino, que va á cortar su vida! Hoy llegará su fin. Los cristianos creen que con su valor asaltarán mis muros. ¡Pero no será; se engañan!... ¡Todos, todos morirán al pié de mi castillo, y tú misma, presenciarás su muerte! (Con intencion.)

ELVIRA. ¡Qué horror! ¿Pues qué intentas, miserable?

ZUITO. (Con desprecio y energia.) Llámame como quieras. Lo ve-

rás. Verás como el ejército tan aguerrido de tu Rey, se desvanecerá ante tu vista como un fantasma ilusorio. Á tu oido llegarán sus gritos de dolor, que tú misma pudistes evitar; pues si conmigo partieras, entregara las llaves de la ciudad al Rey Ordoño.

ELVIRA. ¡Zuito! Calla por piedad: no despedaces mi alma... ¿pero qué? (Transicion.) ¿Sin duda intentas vencer á tu leal enemigo por medio de una traicion indigna?...

ZUITO. ¡Y qué importa la manera! ¡La victoria será mia!

ELVIRA. Te engañas, Emir. ¡Mi corazon me dice que serás vencido! Habrás inventado un plan, digno solo de un alma muy cobarde, y por su medio, esperas ser el vencedor?!...

ZUITO. (Resentido.) ¡¡Zoraida!!

ELVIRA. ¡Pero no será! ¡Porque en este dia las armas sarracenas, serán vencidas por mi Rey!

ZUITO. No lo esperes, Zoraida. ¡El ejército cristiano perecerá á tu vista! (Como el último recurso.) ¡Mi amor ó su muerte!... es tiempo aun... ¡Reniega!!!

ELVIRA. ¡Nunca, Emir!! y si se acaba tu generosidad, mándame dar la muerte cuando quieras. ¡Soy cristiana!!! (Con gran majestad y retirándose despacio.)

ESCENA V.

ZUITO.

¡Oh, y lo repite! (En el colmo de la desesperacion.) ¡Su fé es inquebrantable! ¡y mi amor cada vez es mas intenso!... La desesperacion se apodera de mi ser... ¡oh!!!... y dejarla para que mi enemigo gozara con su amor!?... ¡¡¡Nunca!!! (Transicion.) Si Alí fuera traidor... y venciera el cristiano... entonces... ¡oh... entonces!!!... la arrebataria en mi huida... ó la daria la muerte!... si... primero muerta, que despojo de mi enemigo... (Rumor dentro.) Mas ese rumor.. (Exaltado) ¡Si será!... (Váse corriendo. Cesa el ruido y queda un gran silencio. Pausa.)

CENT. 4.° ¡Centinela alerta!
CENT. 3.° ¡Alerta!
CENT. 2.° ¡Alerta!
CENT. 1.° ¡Alerta está!

ESCENA VI.

ZULIMA y luego ELVIRA.

ZULIMA. (Rapidez toda la escena.) Llegué por fin. ¿Dónde estará? (Llamando con recelo.) ¡Zoraida!

ELVIRA. (Saliendo.) ¡Zulima! ¿qué nuevas traes?

ZULIMA. Muy buenas, doña Elvira. Cuando yo salí del campamento, emprendian ya las tropas la marcha para la ciudad. Nada hay que temer.

ELVIRA. De modo, Zulima...

ZULIMA. Que pronto empezará el combate. El entusiasmo de los cristianos es inmenso y cuentan segura la victoria.

ELVIRA. ¿Y don Ramiro?

ZULIMA. Cual siempre, pensando en vuestro amor. Vuestra banda orna su pecho. Vendrá de los primeros, y ella le librará de las saetas enemigas.

ELVIRA. ¡Dios le proteja! (Á Zulima.) ¿Y en tanto?...

ZULIMA. En tanto, mucho valor, doña Elvira. Zuito notará que está vendido, y su ferocidad no tendrá límite. Conservaos serena con él, que yo conduciré á vuestro lado á don Ramiro en cuanto asalte el muro. ¡Él os librará del cruel Emir! (Rumor hasta el final.)

ELVIRA. Este rumor... El combate ha principiado.

ZULIMA. (Escuchando.) Si, doña Elvira. Corro á mi puesto. Libraos del Emir!... (Váse corriendo.)

ELVIRA. ¡Vírgen Santa, dad la victoria á vuestros defensores!!! (Va á marcharse cuando entra Zuito por el lado opuesto. Zuito viene desesperado.)

ESCENA VI

ELVIRA y ZUITO.

ZUITO. ¡Zoraida! ¡Escucha!

ELVIRA. (Aterrada.) ¡Zuito, qué intentas!

ZUITO. ¡Alí era un traidor! El ejército enemigo está al pie de mis murallas, y las aguas del Tajo no inundan los fosos. Pronto llegarán los cristianos. Sígueme, Zoraida... abandonemos el campo al enemigo... (Cogiéndola por un brazo.)

ELVIRA. (Arranque.) ¡Y asi defiendes la plaza! ¡Suelta, cobarde! (Desasiéndose.)

ZUITO. ¡No te vale tu arrogancia! De grado ó por fuerza te arrebataré en mis brazos. (Va á cogerla y se presenta Don Ramiro.)

ESCENA VIII.

DICHOS y D. RAMIRO.

RAMIRO. ¡Mientes, miserable Emir! porque antes te daré la muerte.

ZUITO. (Con placer salvaje.) ¡Don Ramiro!

RAMIRO. El mismo; tu enemigo, que se halla en tu propio castillo; que viene á derramar tu sangre, y á salvar á la cautiva que quisiste arrebatar. Desnuda el acero, y hazte digno del valor que te atribuyen. (Lánzase Zuito con ánimo de matarle con el puñal, pero Elvira se interpone con daga en mano. Mucha rapidez.)

ZUITO. ¡Muere á mis manos!

ELVIRA. ¡Atrás, traidor! ó mi puñal te abrirá la tumba...

ZUITO. (Viéndose perdido saca la espada.) Pues que lo quieres, sea; y quede solo uno con vida! (Cruzan las espadas.)

(En este momento se viene abajo el muro, dejando ver la vista de Talavera, tomada desde el solar del antiguo castillo: de todos

lados salen moros peleando con los soldados que vienen de la parte exterior del muro. Ensáyese y estúdiense los grupos.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, REY, CAPITANES, CRISTIANOS y MOROS. Los capitanes que traigan los estandartes que se coloquen formando un cuadro.

SOLDS. (Al caer el muro.) ¡Viva el rey Ordoño!

REY. (Saliendo.) Alto, príncipe don Ramiro, ese enemigo pertenece al Rey! (Cruza su espada con la de Zuito, y Ramiro con el moro que tenga mas cerca.)

ZUITO. (Grito.) ¡Mi venganza será inmensa!

REY. (Id.) En vano te defiendes. ¡Muere!!!

ZUITO. (Cayendo atravesado.) ¡¡Maldi...cion!!!! (Pausa.)

FERNAN. (Que traerá el pendon cristiano, el cual no se baja nunca.) ¡Zuito ha muerto! ¡Rendios todos!! (Todos los moros se rinden aterrados á esta voz.)

MOROS. ¡Oh!! (Pausa.)

REY. Ven á mis brazos, Elvira, y en pos de la conquista que corona nuestras huestes, demos gracias al Señor, (Todos de rodillas rindiendo los pendones y armas.) que con tal fortuna, ha conducido á la victoria nuestras armas!!!

(Todos los Cristianos han formado un semicírculo, en medio del cual se coloca Elvira, despues de coger el estandarte con las enseñas cristianas de manos de Fernan, y dice.)

ELVIRA. ¡Si! Demos gracias á Dios con voz entera,
por la victoria que en vosotros miro.
Con prez, por ella, la gente venidera,
sabrá que por Ordoño y don Ramiro,
tornó á ser, «Cristiana Talavera!!»

(Himno final. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice
Madrid 20 de Junio de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.